

No. 22
Enero - Abril
1987
Ej. 2

ISSN 0120 - 2596

Una nueva división internacional del trabajo en la Cuenca del Caribe:
¿la materialización de un fantasma?
Marc Herold - Nicholas Koslov

Teoría del valor o heterodoxia monetaria:
los términos de una opción
Jean Cartelier

El sector informal en Colombia: realizaciones y posibilidades
Marta Luz Henao - Oliva Sierra

Las políticas para el sector externo colombiano. 1982-1986:
el éxito de la heterodoxia
José Alberto Muñoz - Mario Alberto Gaviria

La medición de la pobreza: una discusión metodológica
Darío Vélez - Guillermo Pérez - Javier Ramírez

LECTURAS DE ECONOMIA

Enero-abril 1987

22

El legado intelectual de Antonio Gramsci a propósito del cincuentenario de su muerte

María Teresa Uribe de Hincapié

*Departamento de Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Antioquia*

La historia no es un cálculo matemático: no existe en ella un sistema métrico decimal, una numeración progresiva de cantidades iguales que permita las cuatro operaciones, las ecuaciones y la extracción de raíces. La cantidad (estructura económica) se convierte en ella en cualidad porque se hace instrumento de acción en manos de los hombres, de los hombres que no valen solo por el peso, la estatura y la energía mecánica desarrollable por los músculos y los nervios, sino que valen especialmente en cuanto son espíritu, en cuanto sufren, comprenden, gozan, quiren o niegan.

Antonio Gramsci

Antonio Gramsci ha sido uno de los teóricos marxistas más controvertidos de este siglo; para algunos no pasaba de ser un humanista cuyo pensamiento estaba preñado de un cierto historicismo ingenuo, al menos así pensaban los estructuralistas con Louis Althusser a la cabeza; otros, lo consideraban más cercano a Hegel que a Marx y veían en sus

escritos una inclinación sospechosa por los temas de la cultura y la sociedad: es el caso de Norberto Bobbio; por el contrario, Hughes Portelli y Christine Buci-Gluksmann no dudaron en afirmar que este pensador italiano era el verdadero heredero de las tesis leninistas, ampliándolas y desarrollándolas a propósito de la contrastación entre Oriente y Occidente; entre la revolución triunfante de 1917, que permitió la instauración del primer Estado socialista, y la revolución frustrada de los años veinte y treinta en Alemania, Italia y España, que se desenvolvió hacia el fascismo y las formas corporativas de régimen político.

Su pensamiento no sólo ha sido objeto de examen riguroso por parte de los intelectuales y los académicos: también los políticos de las tendencias más diversas han adoptado, en todo o en parte, el legado gramsciano; los eurocomunistas, por ejemplo, asumen de manera acrítica y mecánica la tesis de la guerra de posiciones, la idea de conquistar lugares en la sociedad civil, en los aparatos de hegemonía, no para transformar las relaciones sociopolíticas existentes, como lo propone Gramsci, sino para desarrollar modificaciones políticas más o menos importantes en un marco reformista. Los teóricos de los movimientos populares en América Latina han encontrado en las reflexiones gramscianas sobre el papel de los intelectuales y la multidimensionalidad de la cultura popular una fuente que sustenta su trabajo con grupos alternativos; por otra parte, las propuestas analíticas de Gramsci sobre el carácter del fascismo, las crisis orgánicas del Estado y su significación política han venido iluminando las propuestas estratégicas para enfrentar las dictaduras militares en el Cono Sur y en Centroamérica.

Es tan vasto y tan complejo el debate actual sobre este pensador marxista italiano, que hoy se manifiestan en Europa y América Latina fuertes corrientes neogramscianas; la primera encabezada, entre otros, por Ernesto Laclau y la segunda por un grupo de prestantes investigadores nucleados en torno a la Universidad Nacional Autónoma de México; en Colombia, la propuesta de investigación-acción participativa reconoce su filiación con esta perspectiva analítica.

Pareciera como si ante la crisis de los modelos, de los paradigmas teóricos, de los esquematismos revolucionarios y ante el surgimiento de nuevos problemas que no caben en los estrechos marcos del marxismo ortodoxo, la consigna de los intelectuales y los políticos de izquierda fuese la de volver a Gramsci.

Este retorno, exento de dogmatismos doctrinarios, de posturas ortodoxas, de patrimonios exclusivistas, está marcado ante todo por tres ejes

fundamentales: el primero tiene que ver con la crisis del economicismo, el segundo con la crisis de la concepción instrumentalista del Estado y el tercero con la búsqueda de nuevas alternativas democráticas en Occidente.

El economicismo como modelo analítico tuvo su origen y su fundamento en la conversión del marxismo en la doctrina oficial de la Unión Soviética, reforzado por los escritos de José Stalin y difundido a Occidente a través de los manuales divulgados por los partidos comunistas; este enfoque esquemático y restringido no sólo le marcó una dirección unívoca al movimiento obrero en todo el mundo, independientemente de la diferenciación regional y las particularidades nacionales, sino que impregnó el desenvolvimiento teórico e intelectual en las ciencias sociales propiciando un reduccionismo, donde todos aquellos fenómenos que no tuviesen una relación directa con lo económico no eran objetos válidos de reflexión y se convertían en verdaderos "impensables": como no existían en la teoría también se ignoraba su existencia en la realidad.

Este reduccionismo le causó serios traumatismos al avance de las disciplinas sociales, condenándolas a ser apéndices, hermanas menores, de la Economía, que venía a ser algo así como el saber que se ocupaba de la parte dinámica, activa y cambiante de la sociedad: la infraestructura; el resto, lo que se englobaba en la llamada "superestructura", era concebido como lo estático, lo pasivo, el reflejo en el espejo del orden económico. Contra lo que pudiera pensarse, este enfoque también perjudicó el desarrollo del saber económico porque al privarlo de un marco histórico, cultural y político y encerrarlo entre las altas murallas de un pretendido cientificismo, le robó no sólo las posibilidades de interpretación de realidades concretas sino también la de entender en toda su dimensión fenómenos de su propia disciplina que sólo existen aislados en los esquemas, en los paradigmas, pero nunca en la vida social de los pueblos y las naciones.

La realidad misma se encargó de mostrar las limitaciones de este enfoque y en buena medida incidió en el retorno a Gramsci, quien, en contravía del pensamiento "oficial" de su época y de las directrices de su propio partido, había iniciado un debate con Nicolai Bujarin y la concepción que éste tenía sobre el materialismo histórico, a la que no vaciló en llamar "cretinismo económico" y en considerarla "el colmo de la superstición economicista".

En su crítica a Bujarin, Gramsci se propone, como él mismo lo dice, recuperar la dialéctica en el marxismo al criticar esta metáfora topológica de infraestructura y superestructura, que le recordaba un cierto positivismo de

lo estático y lo dinámico, para lo cual elabora su concepción del bloque histórico y abre la frontera teórica de un análisis de la política, el poder y la cultura, cuyas posibilidades están aún por desarrollar en las ciencias sociales.

Esta reflexión no nació en el espacio de un pensamiento separado de la práctica sino en el ejercicio de la política, desde el interior del movimiento obrero; él había dirigido en la década de 1920 la estrategia de los consejos de fábrica en Italia durante los llamados "años rojos"; había conocido a Lenin y a los bolcheviques más importantes en Moscú cuando asistió como representante italiano a la reunión de la Tercera Internacional Comunista; había conducido la lucha antifascista como secretario del Partido Comunista Italiano, y muchos de los escritos de esa época -1922-1927- se enmarcan en la coyuntura de una estrategia revolucionaria que terminó en derrota y sobre la cual elaborará después un análisis muy profundo consignado en los *Cuadernos de la cárcel*.

El segundo eje tiene que ver con la crisis de la concepción instrumentalista del Estado, acorde con una visión restringida de la política que resultaba como consecuencia lógica del predominio del economicismo; si bien los mayores aportes de Gramsci están precisamente en este campo, durante muchos años permanecieron ignorados por los teóricos y los políticos de izquierda, pues los marxistas ortodoxos, en su afán por demostrar la naturaleza de clase del Estado, enfatizaron en su dimensión represiva, en su carácter de instrumento agenciador de políticas económicas para favorecer la eternización del poder burgués, y olvidaron dos cosas fundamentales: que el poder no es sólo fuerza, violencia directa, sino también consenso y que el Estado no es esa instancia racionalizante que escribe su voluntad en la sociedad como si ésta fuera una hoja en blanco, sino que actúa sobre un medio complejo, contradictorio e históricamente formado que subvierte y desvirtúa esa pretendida racionalidad.

La crítica al economicismo propició una nueva mirada sobre "la superestructura" y una creciente desconfianza frente a esa fórmula simplista que despachaba todo el problema del Estado con una frase corta, contundente y cortante, según la cual éste no era más que "el aparato represivo de las clases dominantes".

La crisis de la concepción instrumentalista del Estado también estuvo jalonada por la crisis del Estado en la postguerra, tanto en Occidente como en Oriente; por el advenimiento de lo que Nicos Poulantzas llamó, muy acertadamente, el "estatismo autoritario" en los países desarrollados, las

tendencias autocráticas y macrocefálicas en los Estados europeos y la imposibilidad de resolver los problemas democráticos y de autonomía nacional en los países del Tercer Mundo.

El interés de los teóricos se centró entonces en Gramsci, quien había elaborado toda una reformulación de las tesis leninistas sobre el Estado: los conceptos de hegemonía, doble poder, crisis orgánica y revolucionaria, Estado pleno y Estado restringido, dominación y dirección, consenso y coerción volvieron al ámbito de las discusiones teóricas y políticas en muchas partes del mundo.

Estas reflexiones fueron elaboradas por Gramsci en la prisión; detenido el 8 de noviembre de 1926, luchando día tras día por su propia supervivencia en una situación que bien conocen todos los presos políticos del mundo, sólo hasta 1929 logró el permiso para empezar a escribir, trazándose un vasto plan de investigaciones de las cuales sólo pudo desarrollar una parte y que quedaron consignadas en los *Cuadernos de la cárcel*.

El nudo central de su pensamiento está constituido por el concepto de hegemonía, entendida no sólo como la dominación, la coerción ejercida a través del aparato estatal, sino como la capacidad de dirección intelectual y ética de toda una población mediante los aparatos de hegemonía que operan en el espacio de lo privado, en el mundo de la sociedad civil.

El Estado-coerción-dictadura de clase sería una concepción válida pero restringida y mutilada de la realidad del poder, una faceta del poliedro; a este concepto él opone su tesis del Estado pleno, del Estado en sentido amplio, que no se limita al aparato, a la sociedad política, sino también a la sociedad civil, descubriendo una dimensión consensual y dialéctica de las relaciones Estado-clase y Estado-economía, que le permite entender la eficiencia de la política, el papel de los intelectuales, la función de la cultura y ese mundo desconocido y rico de las relaciones sociales que no se restringen, como algunos lo pensaron, a la producción de objetos materiales. La hegemonía no se identifica en absoluto con la fuerza: no se impone, sino que se conquista; la dirección política y cultural requiere algo diferente: la actividad de masas, el consentimiento activo de los gobernados, su autoorganización y no su pasividad.

Aquí precisamente es donde puede entenderse el tercer eje importante de su legado intelectual, que tiene que ver con la búsqueda de nuevas alternativas para la revolución en Occidente. La experiencia del fascismo, la derrota del movimiento obrero italiano, la consolidación del imperialismo y

la superación de la gran crisis de 1929, donde muchos comunistas vieron el colapso final del capitalismo, llevaron a Gramsci a repensar el problema de la revolución y a explorar nuevas formas de lucha que superasen el esquema frontal de hundimiento del Estado burgués y que permitiesen al proletariado, una vez en el poder, construir el socialismo y no únicamente instaurar su dictadura.

Los procesos constitutivos de una nueva hegemonía tendrían que pasar necesariamente por una guerra de posiciones desarrollada en el espacio de la sociedad civil, desde la fábrica hasta la escuela, la iglesia y los medios de comunicación, ampliando considerablemente el campo de la política y modificando sus límites. No es en la aceptación pasiva de la ideología dominante de un Estado proletario donde él ubica el centro del problema sino en el consenso activo, en la búsqueda de la participación permanente de las organizaciones populares en la conducción de los destinos públicos, en el fortalecimiento de la sociedad civil. Reivindica así la lucha por la democracia en un momento en el cual ésta y el capitalismo empiezan a ser contradictorios y antagónicos y hace de la democracia la piedra angular de la construcción de un orden político diferente.

La lucha por un nuevo bloque histórico y por una nueva ideología en el contexto de la crisis del Estado capitalista no se construyen a la toma del poder, como si ésta fuese patrimonio exclusivo del aparato estatal y radicase en él; por el contrario, exigiría un proceso esencialmente democrático que rebasa con mucho el esquema liberal clásico de la representatividad, para dar paso a una democracia de base que convoque el consenso activo de los gobernados, capaz de transformar las relaciones capitalistas existentes en el Estado y, más que eso, de fundar el socialismo, entendido no como la dictadura del proletariado con un Estado militar, burocrático y policíaco, sino como un proceso participativo y esencialmente político de abajo hacia arriba, de la sociedad civil hacia el Estado, que más que imponer convenza, dirija, oriente y haga avanzar el conjunto de la sociedad.

La historia social y política del mundo occidental, incluida América Latina, en esta segunda mitad del siglo XX ha terminado por darle al legado teórico y metodológico de Gramsci una nueva dimensión, un gran sentido de actualidad y de contemporaneidad e inmensas posibilidades interpretativas y políticas hacia el futuro.

En este potencial nadie creía en 1937, cuando este originalísimo pensador falleció en condiciones de semi-libertad, en un Estado policíaco interesado en que su cabeza no funcionase, abandonado de muchos de sus

amigos (entre quienes nunca lo abandonaron estuvo su gran amigo, el economista Piero Sraffa), dejado de la mano de su partido, que nunca se sintió muy a gusto con sus propuestas, y con una obra dispersa escrita en hojas de cuaderno que salían de la prisión por los más inusitados caminos y que llegaron a las manos de algunos dirigentes políticos más interesados en hacer de oficiantes de una nueva ortodoxia que en recoger y divulgar un pensamiento renovador del marxismo decimonónico.

Parafraseando al cura de Choquehuanca en su discurso a Simón Bolívar, uno pudiese decir que con el tiempo la importancia del legado intelectual de Antonio Gramsci "ha crecido como la sombra cuando el sol declina".